

UNA FELIZ MAÑANA EN FAMILIA

Recuerdo perfectamente todo lo ocurrido, señor agente. El lunes, cuando me desperté, fui a desayunar y vi que mi madre estaba viendo la televisión y mi hermano leyendo un libro. Mi madre, que estaba sentada tranquilamente, llevaba un vestido blanco. Mi hermano, unas zapatillas nuevas Nike, que le habían regalado por su cumpleaños, y un chándal negro. Después de desayunar, yo estaba aburrido, me apetecía jugar, así que les pregunté si querían jugar conmigo. Ellos me dijeron que sí. Después de jugar con ellos, me lavé bien, me aseeé, me puse unos vaqueros azules y una camiseta blanca, y salí de casa. Fui a la cita que tenía con mi psicólogo. Cuando llegué a su consulta, me recibió, me pidió que tomara asiento, y empezó con su rutina. Igual que cualquiera de los días anteriores en los que también había tenido que acudir a su consulta. En esta ocasión estuvimos hablando de cómo me había afectado el hecho de que mi padre nos hubiera abandonado a mi familia y a mí, yéndose a otro país. Es cierto que él me dio la opción de acompañarlo, pero, en ese momento, yo no quería irme fuera de España. Tras un rato más de conversación sobre esto, abandonamos el tema. Fue entonces cuando mi psicólogo me preguntó qué había hecho ese día, justo antes de venir a la consulta. Me sorprendió la pregunta, pero finalmente le comenté cómo, después de desayunar, había estado jugando con mi madre y con mi hermano. Le expliqué cómo había cogido el cuchillo de la cocina para rajarles el cuello, cómo anteriormente los había torturado, y cómo, finalmente, los había colgado usando unas viejas cadenas que había por casa. Después de todo esto, le dije, me había lavado bien, me había aseado y me había vestido con una ropa con la que me sentía cómodo, para acudir a su consulta y jugar también un rato con él. No le debió de gustar la idea, agente, porque, como usted bien sabe, llamé rápidamente a la policía, me detuvieron, y ahora me encuentro aquí, frente a usted, siendo interrogado.

